

22-MAR-91

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

El senador capitalino Votación a tercios

Aunque formalmente es sólo uno entre 32 casos iguales, y a pesar de que falta por lo menos un mes para las primeras formalizaciones, despierta ya gran interés la selección de los candidatos a senador por el Distrito Federal. Se comprende que así sea, no sólo por la magnitud de la entidad y la densidad política que le confiere el que sea la

residencia de los poderes federales, sino porque se trata de un lugar en que se producirá disputa política real, y por lo tanto se afanan en participar en ella personajes de alto coturno.

En Acción Nacional, por ejemplo, la candidatura está siendo peleada por Abel Vicencio Tovar y Bernardo Bátiz. Ambos son diputados, y ambos figuran en el liderazgo de la fracción parlamentaria panista, aquél como coordinador y éste como subcoordinador. Pero allí se acaban sus semejanzas. Sus diferencias consisten en que mientras que Vicencio Tovar fue panista desde su juventud, como casi todos los cuadros dirigentes de ese partido, Bátiz entró en el PAN ya maduro, y sólo después de haberse graduado con una tesis dirigida por el recientemente desaparecido maestro Rafael Preciado Hernández. Además, mientras aquél es alvarista, es decir, partidario de la actual dirección nacional, encabezada

por don Luis H. Alvarez, el segundo es forista, es decir miembro de la disidencia panista. Si se considera el indicador más objetivo de que se dispone, es augurable el triunfo de Bátiz. Tal indicador es la fuerza capitalina del forismo manifestada en la elección del consejo regional y, por ende, del comité ejecutivo en el Distrito Federal, cuyo líder, José Angel Conchello, pertenece al antialvarismo y domina al panismo capitalino.

En el Partido de la Revolución Democrática hay tres *preprecandidatos* en busca de veinte mil firmas cada uno, que les permitan quitarse uno de los dos prefijos, y luego contender, en urnas transparentes, por la candidatura propiamente hablando. Se trata de dos Castillos, don Heberto e Ignacio, y don Rodolfo González Guevara. En realidad, aun si los tres consiguieran cumplir el difícil requisito de presentar veinte mil firmas, la contienda se plantea entre don Heberto y don Rodolfo. El tercero, Castillo Mena, no sólo es ajeno al perre-

dismo capitalino, sino que equivocó la línea táctica, consistente en denostar a González Guevara. Lo malo es que eligió la peor argumentación posible en un partido como el suyo, que se forma de capas llegadas en aluvión, es decir, con sucesivas disidencias que se apartan del PRI y otros partidos y se manifiestan cardenistas. El mismo fue miembro del partido oficial, que lo hizo senador por Durango, y ni siquiera se distinguió, como Cárdenas, Muñoz Ledo y González Guevara, por sus propósitos democratizadores. En un partido donde todos son recién llegados —unos meses no hacen diferencia sustantiva— carece de sentido acusar a nadie de arribismo.

Es más difícil saber lo que corre en el PRI, porque a diferencia de los otros dos partidos, con quienes compartirá, presumiblemente en trozos semejantes el electorado capitalino, en el partido oficial no hay ventilación pública de las aspiraciones de cada quien. De allí que todo se reduzca a especulaciones, que incluyen

hasta referencias a Manuel Camacho, que trocaría su regencia por un riesgo alto. Desechada esa posibilidad —que hubiera sido coherente con el hecho de que el PRD presentará a Cárdenas como candidato— se insiste en que Manuel Aguilera, secretario de Gobierno del Departamento del Distrito Federal, es decir el lugarteniente de Camacho, será postulado. Aunque su relación permanente con los delegados —para efectos prácticos es más su jefe que Camacho mismo, por la operación cotidiana— le daría fuerza orgánica, Aguilera carece de encanto personal, que es preciso en una campaña en que las cualidades individuales contarán de modo determinante. Claro que no se trata de elegir a Mr. Simpatía, sino a un senador, pero erraría quien suponga que, como en el ayer, es posible presentar impunemente una personalidad cargante, como la de Joaquín Gamboa Pascoe, o una desprovista de relieve, como la del arquitecto Luis González Aparicio. En fin, allá ellos.